

nado. Transfórmase ese rugir, y oído de nuevo un gruñido de oso, ese masculleo de palabras ininteligibles que tanto conozco... Y me despierto con terror y angustia en el alma.

LOS NUESTROS ME HAN ENVIADO

Episodio de las jornadas de Junio de 1848
en París.

Era la cuarta de aquellas memorables jornadas, que están escritas con letras de sangre en las páginas de la historia de Francia.

Habitaba yo entonces en una casa, desaparecida hoy, en el ángulo del bulevar de los Italianos y calle de la Paz. Desde los primeros días de Junio había en el aire como un olor a pólvora; era inminente un choque decisivo. Un detalle precipitó los sucesos. Habiendo recibido el miembro del gobier-

no provisional Marie á los delegados de los talleres nacionales recién suprimidos, en su alocución dejó escapar la palabra *esclavos*, la cual consideraron como un insulto. A partir de esa entrevista, ya no fué cuestión de días, sino de horas nada más, el momento en que había de iniciarse la lucha fatal.

«¿Será para hoy?» Con estas palabras nos saludábamos unos á otros todas las mañanas.

«Ya empezó aquello»—me dijo la lavandera que me traía la ropa, el viernes 23 de Junio.

Me contó que una gran barricada obstruía el bulevar, no lejos de la Puerta de San Dionisio. Me dirigí inmediatamente hacia aquella parte.

Al pronto, no vi nada extraordinario en mi camino. Los mismos grupos delante de los comercios y cafés, el mismo movimiento de coches y ómnibus; había un poco más de animación,

las conversaciones eran en voz más alta y, ¡cosa extraña! de un tono más alegre... Y pare V. de contar.

Pero conforme iba yo avanzando, modificábase el aspecto del bulevar. Escaseaban los coches, los ómnibus habian desaparecido; los comercios y hasta los cafés se apresuraban á cerrar los escaparates, gran número de los cuales estaban cerrados ya; el gentío se aclaraba á ojos vistas. En cambio, en todas las casas, de arriba abajo, estaban abiertas de par en par las ventanas; y en todas éstas, así como en el quicio de las puertas, velanse multitud de caras juntas, principalmente de mujeres, niños, criadas y doncellas;—todas estas gentes charlaban y reían; no gritaban, pero llamábanse unas á otras, miraban á diestro y siniestro, y se saludaban con la mano como se hace en el teatro antes de levantarse el telón.—Aquella muchedumbre parecía única-

mente animada por la negligente curiosidad de un día de fiesta. Las cintas de diversos colores, las pañoletas de seda, los trajes blancos, azules ó de color de rosa, mariposeaban alegremente á la viva luz de un sol de verano, y murmuraban y se estremecían agitados por una leve brisa, igual que las hojas de los pobos—los árboles de la libertad—que habían plantado en todas partes.

«¿Es posible que aquí mismo, pronto, dentro de diez minutos, de cinco minutos quizá, vayan á batirse, á derramar sangre?—me decía.—¡Esto no puede ser! ¡Es una comedia que se representa! En cuanto á la tragedia, ni siquiera hay que pensarlo... por ahora.»

Mas, hete aquí que, de pronto, cortando al sesgo el bulevar en toda su anchura, se me apareció el desigual perfil de una barricada de unos tres metros de alta. Precisamente en me-

dio, entre otras banderas tricolores bordadas en oro, un estrecho banderín rojo—presagio siniestro—agitaba á derecha é izquierda su punta afilada. Algunas blusas aparecían detrás de la cresta de aquel hacinamiento de piedras grises.

Me aproximé más. Delante de la barricada había un espacio casi vacío; medio centenar de curiosos, no más, paseábanse con aire desocupado, y, sin embargo, inquieto. Por aquel entonces, el piso de los bulevares aún no era de macadám.

Los hombres de blusa cruzaban chufletas con los curiosos. Uno de ellos, que tenía puesto un cinturón blanco de soldado, les alargaba una botella destapada y un vaso medio lleno, como para invitarles á que fuesen á beber; junto á él, otro que llevaba en bandolera una escopeta de dos cañones, gritaba con voz rastrera:

«¡Vivan los talleres nacionales!

¡Viva la república democrática y social!»

Dos pasos más allá había una mujer alta, pelinegra, con un vestido á rayas, y que llevaba puesto también un cinturón, donde había metido una pistola; era la única que no se reía; meditabunda y mohina, fijaba ante sí obstinadamente la mirada de sus ojos grandes y oscuros.

Crucé el bulevar, y en compañía de otros cinco ó seis curiosos como yo fui á situarme á lo largo de la casa donde estaba entonces, y aún está, la fábrica de guantes de Jouvin, punto donde el bulevar empieza á desviarse de la línea recta. Las celosías de las ventanas de aquella casa estaban cerradas. A pesar de los presentimientos y la espera de los días anteriores, en aquel instante aún no podía figurarme que la cosa tomase un giro grave.

Sin embargo, crecía y se aproximaba el ruido de los tambores. Desde el

amanecer resonaba en todas las calles el característico redoble del toque de generala. Algunos momentos después, vi una columna de la guardia nacional que, oscilando con lentitud, alargándose y culebreando como una oruga negra, desembocaba á la izquierda en el bulevar, á doscientos pasos de la barricada; las agudas aristas de las bayonetas centelleaban al sol con pequeños destellos rápidos; á la cabeza iban algunos oficiales á caballo.

Cuando la columna hubo llegado al lado opuesto del bulevar, que ocupaba así en toda su anchura, hizo un movimiento de frente hacia la barricada y se detuvo, constantemente reforzada á retaguardia por nuevas filas que hacían cada vez más compacta y profunda toda la masa.

La llegada de aquella multitud de hombres, lejos de aumentar los ruidos de la calle, había producido un extraño aquietamiento; se hablaba menos

alto, las risas eran más breves y escasas; todos los rumores parecían de pronto ensordecidos como por un velo transparente. Entre la línea de guardias nacionales y la barricada había-se formado un gran vacío, por donde resbalaban girando levemente sobre sí mismos dos ó tres torbellinos, menudos y en punta, de polvo amarillento; y un perrito blanco con manchas negras vagaba acá y allá con sus delgadas patas, mirando á un lado y á otro.

De pronto resonó un ruido duro, seco y breve. ¿Venía de arriba ó de abajo, de delante ó de detrás? ¡Imposible decirlo!... Pareciase más que á una descarga de armas de fuego, al ruido de una barra de hierro que cayese pesadamente sobre el empedrado. Hubo en seguida un extraño silencio de espera... no se réspiraba... El mismo aire parecía haberse detenido para escuchar... En ese momento, precisa-

mente encima de mi cabeza, estalló un estrépito terrible, como el de un telón enorme desgarrado bruscamente... Era que los insurrectos disparaban á través de las persianas del piso alto de la casa Jouvin, ocupada por ellos.

Mis vecinos y yo nos apresuramos á escurrir el bulto á lo largo de las casas del bulevar, y nos sirvió de refugio la primera bocacalle que encontramos; recuerdo que aún tuve tiempo de ver ante mí, en el espacio vacío, un hombre que se arrastraba á gatas, un képis de bombilla roja caído en tierra, y el perrito manchado rodando por el polvo. Reuniéronse con nosotros allí una treintena de curiosos, entre ellos un joven de veinte años con un balazo en un pie. En el bulevar, á nuestra espalda, menudeaba sin interrupción el fuego graneado de fusilería. Pasamos á otra calle, á la del Echiquier, si mal no recuerdo. Uno de sus extremos es-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

taba cerrado por una barricada pequeña, sobre la cual brincaba un pilluelo de doce años con actitudes de actor, blandiendo un sable turco; allí cerca, un nacional gordo, pálido como un sudario, iba corriendo, tropezando y gimiendo á cada paso... Gotas de sangre roja caían de la manga de su casaca de uniforme.

Empezaba la tragedia, y ya no cabía duda de que iba en serio; aun cuando, ni en aquel momento, pudiera sospechar nadie las proporciones que iba á adquirir.

No teniendo razón alguna para bairme á un lado ni á otro de la barricada, me dirigí á mi casa.

Pasé el día entero en una agitación indecible. Hacía un calor asfixiante. No abandoné el bulevar de los Italianos, completamente obstruido por una muchedumbre muy heterogénea. Corrían los más inverosímiles rumores, modificados de continuo por nuevas

versiones cada vez más fantásticas. A la noche un solo hecho estaba fuera de dudas: que los insurrectos eran dueños de casi la mitad de París. Había barricadas en todas partes, principalmente en la orilla izquierda; las tropas ocupaban los puntos estratégicos. Preparábase una lucha sin cuartel.

Al día siguiente, desde muy de madrugada, se transformó como por arte de magia el aspecto de los bulevares, y, en general, de la parte de París no ocupada por los insurrectos. Un orden del general Cavaignac, comandante del ejército de París, prohibía toda circulación por las calles. En cumplimiento de esta orden, los nacionales de París y de la provincia estaban en las aceras y vigilaban las casas donde vivían; las tropas regulares y la guardia móvil combatían; los extranjeros, las mujeres, los niños, los viejos y los enfermos estaban obligados á quedarse en casa y tener todas las ventanas

abiertas de par en par, con el fin de hacer imposible una emboscada.

En un abrir y cerrar de ojos, aquello fué como una ciudad muerta. Apenas se oía rodar de vez en cuando algún coche de correos ó un carruaje de médico, constantemente detenido por los centinelas á quienes había que enseñar el permiso de circulación; á veces, pasaba una batería con su estruendo brutal y pesado, dirigiéndose al sitio del combate; otras, un destacamento de infantería subía á paso redoblado el bulevar, sin música y sin voces de mando; ó un ayudante de campo, tendido sobre el cuello de su caballo, seguía á todo galope por en medio del arroyo.

Fueron jornadas dolorosas y terribles; los que no las pasaron, no pueden formarse una idea exacta de ellas. No hay que decir si para los franceses era cruel la situación; podían creer que su patria, la sociedad entera, iban

á disgregarse y reducirse á polvo. Pero si la ansiedad de un extranjero condenado á una inacción involuntaria no era menos terrible que la inquietud y desesperación de aquéllos, de seguro que era más enervante. Figúrese un calor tórrido, prohibición absoluta de salir, las ventanas abiertas de par en par dejando entrar un aire abrasador y una luz que cegaba; en cuanto á ponerse á leer, á escribir, á ocuparse de cualquier modo, ¡ni pensarlo!...

Cinco, diez veces por minuto se oía el terrible estampido del cañón; á intervalos, creíase distinguir el fuego graneado de fusilería, el murmullo confuso de la batalla... En la calle, un vacío absoluto. Bajo los rayos de un sol implacable vibra el aire recalentado, los adoquines toman un color de azufre; á lo largo de las aceras, por todas partes caras ansiosas de nacionales inmóviles, y ni uno solo de los ruidos de la vida corriente. Veiase delante,

por todos lados, un inmenso espacio vacío; y se sentía uno estrecho como en un calabozo ó en un sepulcro.

A cosa de mediodía cambia el espectáculo. Comienza el transporte de muertos y heridos. Vi pasar en unas angarillas un hombre de pelo gris y rostro blanco como la almohada en que descansaba: era el diputado Charbonnel, mortalmente herido... Descubríanse silenciosamente todos ante él, pero no veía esas muestras de doloroso respeto: sus ojos estaban cerrados.

A veces pasaban grupos de prisioneros, conducidos por guardias móviles, muy jóvenes, casi niños, con los cuales al principio se contaba muy poco, pero que se batieron como leones... Algunos llevaban en la punta de sus bayonetas los kepis ensangrentados de sus camaradas muertos, ó flores que las mujeres les habían arrojado por las ventanas.—«¡Viva la República! ¡Viva la móvil!»—gritan á ambos lados

del bulevar los guardias nacionales, prolongando de una manera extraña y lúgubre la última sílaba.—Los prisioneros marchan sin levantar la vista, amontonados, apretados, juntos unos contra otros como carneros; la mayor parte iban harapientos y descubiertos; algunos llevaban atadas las manos.

¡Y el cañoneo continúa, continúa sin cesar! Una conmoción pesada y monótona se cierne en el aire y pesa sobre nuestras cabezas, sobre nuestros pechos, al mismo tiempo que el calor asfixiante. Hacia el anochecer, desde las ventanas de mi habitación, en el cuarto piso, oigo algo nuevo: el estruendo confuso y lejano de la batalla, el zumbido del cañón, se cortan bruscamente por rápidas descargas cerradas mucho más próximas, que me recuerdan el ruido estridente de un abanico abierto con fuerza...

—Es que fusilan insurrectos en las alcaldías—me dijo no sé quién.

¡Y las horas suceden á las horas!... Imposible dormir, ni aun por la noche. Si trataba de bajar al bulevar é ir hasta la primera calle en busca de noticias ó sencillamente á respirar aire fresco, veíame al punto detenido, interrogado: «¿Quién es V.? ¿De dónde viene? ¿Dónde vive? ¿Por qué no va de uniforme?» Y al saber que era extranjero, me miraban con aire sospechoso, ordenándome que me volviese á mi casa. Una vez, hasta hubo un guardia nacional provinciano (estos eran los más ardientes) que se empeñó en apresarme porque iba en traje de mañana. «Se ha vestido V. así para conferenciar más fácilmente con los insurrectos — gritaba como un energúmeno. — ¿Quién sabe si será V. agente ruso, con oro en el bolsillo para fomentar nuestros trastornos?» Le propuse que me registrara, pero eso le puso más furioso. Por aquel entonces, no se veía en todas partes más que el

oro ruso, los agentes rusos; otras muchas invenciones igualmente absurdas surgían en aquellos cerebros sobreexcitados y trastornados.

Lo repito, fueron horas terribles.

Tres días transcurrieron en aquel suplicio (la palabra no es exagerada). Llegó el cuarto día, el 26 de Junio. Las noticias del sitio de la lucha llegaban con bastante facilidad hasta nosotros, transmitidas de boca en boca á lo largo de los bulevares. Por ejemplo, sabíamos ya que había sido vuelto á tomar el Panteón, que toda la margen izquierda estaba en poder de las tropas, que los insurrectos habían fusilado al general Brea, que monseñor Affre estaba herido de muerte y que sólo resistía aún el arrabal de San Antonio. Recuerdo un detalle que me chocó: nos disponíamos á leer una proclama en la cual el general Cavaignac hacía un supremo llamamiento al patriotismo, que jamás se

extingue ni aun en los corazones más empedernidos... En ese instante pasó un oficial de húsares á todo galope por el bulevar; representaba con el pulgar y el índice de la mano derecha un círculo del diámetro de una manzana, y decía á grito pelado: «¡Así son de gordas las balas que nos tiran!»

En la misma casa que yo, y en la misma escalera, vivía un escritor alemán de cierta reputación, apellidado H..., á quien yo conocía; á menudo iba á verle para distraerme un poco, para huir de mí mismo, en fin, para librarme del suplicio de la desocupación de la soledad.

El 26 por la mañana estaba yo en su cuarto; acababa de almorzar, cuando de pronto entró un mozo, con la cara enteramente alterada.

—¿Qué hay?

—Señor... Hay... hay... que uno de blusa pregunta por V.

—Un hombre vestido con blusa, un

obrero. Es un viejo; pregunta por el ciudadano H... ¿Hay que recibirle?

El Sr. H... cruzó conmigo una mirada.

—Hágale V. pasar—dijo por fin.

El mozo se retiró, repitiendo á solas:

—¡Un hombre de blusa!

Esta idea le espantaba; y, sin embargo, unos pocos meses antes, en seguida de las jornadas de Febrero, ¿no se consideraba la blusa como el traje más de moda, más decente y mejor llevado? ¿No había visto yo mismo en el Teatro Francés, en una función *gratis* dedicada al pueblo, no había visto con mis propios ojos á los elegantes, á los refinados de alta sociedad vestidos con blusas blancas y azules, bajo las cuales producían extraño efecto los cuellos y pecheras almidonados? Pero á otros tiempos, otras costumbres: durante las jornadas de Junio en París, la blusa se había convertido en un signo de reprobación, la marca de

Cain; no despertaba más que un sentimiento de horror y de odio.

Volvió el mozo, y, no sin un secreto temor, dejó paso al hombre que le seguía. Aquel hombre iba vestido de blusa, en efecto; una blusa azul, vieja, desgarrada toda ella. También los pantalones y zapatos estaban sucios y remendados; llevaba al cuello un trapo rojo; una enorme masa de cabellos grises enmarañados, que en el primer instante tomé por un gorro, le caía hasta las cejas. Bajo aquella especie de tocado veíase una nariz larga y aguileña; y unos ojos pequeños y sin brillo, ojos de viejo, de párpados inflamados, guiñaban tristemente. Aquellas mejillas macilentas y hundidas; aquel rostro cubierto de arrugas, profundas como chirlos; aquella boca ancha y deformada; aquella barba inculta, aquellas manos rojas y rudas; y, sobre todo, aquel encorvamiento que producen en la columna vertebral lar-

gos años de su trabajo muy pesado... no cabía duda: teníamos ante nosotros á uno de sus trabajadores hambrientos y miserables que pululan oscuros en las capas inferiores de las sociedades civilizadas.

—¿El ciudadano H.?—preguntó con voz ronca.

—Yo soy—respondió el poeta alemán, no sin turbarse algo.

—¿Esperaba V. á su hijo de Berlín, con su niñera?

—En efecto... ¿Cómo lo sabe V.? Ha debido salir hace tres días... pero me figuraba...

—Ayer ha llegado el hijo de V.; pero como la estación del ferrocarril de San Dionisio está en poder de los nuestros (al oír el mozo estas palabras de «los nuestros» estuvo á punto de saltar de miedo) y no había manera de enviarle aquí, se le ha conducido á casa de una de nuestras mujeres; aquí tiene V. escritas las señas en este pa-

UNIVERSIDAD DEL SEÑO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO R. LYES"

México, 1905 MONTERREY, MEXICO

pel; y los nuestros me han dicho que viniese á verle á V. para decirle que no esté intranquilo. También la niñera está con él; están bien alojados, se les dará de comer á los dos. No corren peligro.

—Cuando acabe todo esto, vaya V. á buscarlos con este papel. Adiós, ciudadano.

El viejo se dirigió á la puerta.

—¡Espere V., espere V.!—exclamó vivamente H...—¡No se vaya V. aún!

El viejo se detuvo, pero sin volver la cara hacia nosotros.

—¿Es posible—continuó H...,—que haya venido V. aquí únicamente para tranquilizarme acerca de la suerte de mi hijo, á mí, que soy para Vds. un desconocido.

El viejo levantó lentamente la cabeza.

—Sí. Los nuestros me han enviado.

—¿Nada más que para eso?

—Sí.

H... cruzó las manos.

—Pero, permítame... ¡realmente no sé qué decir! No comprendo cómo ha podido llegar V. hasta aquí. De seguro, ¿le habrán detenido á V. en todas la bocacalles?

—Sí.

—¿Le han preguntado á dónde y á qué iba?

—Sí. Siempre me miraban las manos para ver si había señales de pólvora en ellas. Hubo quien me las olió. Hasta di con un oficial... ése me ha amenazado con mandarme fusilar.

H... estaba mudo de asombro. El mozo también enarcaba las cejas.

—¡Esto es muy notable!—murmuraban involuntariamente sus labios pálidos.

—Adiós, ciudadano—dijo de un modo brusco el viejo, como resuelto á irse.

H... se acercó á él corriendo y le detuvo.

—Espere V., espere, déjeme agradecerle...

Se registraba los bolsillos.

El viejo extendió su mano en señal de negativa, cuyos dedos se enderezaban, encogidos por el trabajo.

—No se moleste V., ciudadano, no tomaré dinero.

—Pues entonces, permítame que le ofrezca... de almorzar... un vaso de vino... cualquiera cosa...

—Eso no es de rehusar— dijo el viejo, después de un corto silencio.— Desde hace dos días, casi no he probado bocado.

H... envió inmediatamente al mozo en busca del almuerzo, y entre tanto hizo que su huésped tomara asiento. Se dejó caer trabajosamente sobre una silla, puso en las rodillas las manos é inclinó la cabeza.

H... se puso á hacerle preguntas..., pero el viejo le respondía de mala gana y con tono terco; evidentemente,

estaba muy fatigado; por otra parte, no sentía agitación ni temor, todo le era indiferente. Y además, la conversación con «un burgués» no era de su agrado. Sin embargo, con el almuerzo se animó un poco. Había comenzado á comer y beber con avidez; luego, poco á poco, se le soltó la lengua.

—En Febrero— dijo — prometimos al gobierno provisional esperar tres meses; han pasado más de los tres meses, y la miseria siempre es la misma, aún es peor. El gobierno provisional nos ha engañado: prometió mucho y no ha cumplido nada. El gobierno provisional no ha hecho nada por los trabajadores. Nos hemos comido todo nuestro dinero; no hay trabajo; los negocios están en suspenso... ¡Y á esto llaman república! Entonces, morir por morir, nos hemos decidido.

—Pero, permítame— hizo observar H...—¿qué podían Vds. esperar de un levantamiento tan insensato?

CAPITULO ALFONSO

—¡Morir por morir!—repitió el viejo. Se limpió los labios con pulcritud, dobló la servilleta, se levantó y dijo:

—¡Gracias!

—¿Se va V.?—exclamó H...

—Sí; necesito volver allá abajo. ¿De qué serviría quedarme aquí?

—Pero, si se vuelve V., con seguridad le detienen en el camino y acaso le fusilen esta vez.

—Es posible. Bueno, ¿y qué? Mientras tenga vida, necesito adquirir pan para mi familia. ¿Pero cómo adquirir ese pan? Al paso que si me matan, los nuestros no dejarán sin socorros á los huérfanos. Adiós, ciudadano.

—Por lo menos, dígame V. su nombre. ¡Quisiera saber cómo se llama la persona que tanto se ha interesado por mí!

—No necesita V. para nada saber mi nombre. A decir verdad, lo que he hecho no lo he hecho por V. Los nuestros me lo han mandado. Adiós.

Y salió el viejo acompañado por el mozo.

Aquel día quedó sofocada por completo la insurrección. Tan pronto como quedaron libres las calles, H..., por medio de las señas que había recibido, encontró á la mujer que daba hospitalidad á su hijito. El marido y el hijo de esta mujer estaban presos; otro de sus hijos había muerto en una barricada; su sobrino había sido fusilado. También ella se negó á aceptar dinero; pero, mostrando con el dedo dos niñitas que corrían por la habitación (huérfanas del hijo que había sido muerto), dijo:

—Si alguna vez necesitase pedir algo para esas criaturas, que se acuerde de ellas el hijito de V.

Nada volvimos á saber del viejo que había ido á casa de H... Difícil sería no conmoverse por el acto de aquel hombre, por la sencillez inconsciente y casi grandiosa con que había

cumplido su misión. Evidentemente, ni siquiera sospechó que hacía algo extraordinario al sacrificarse. ¿Y no es también motivo para graves reflexiones la conducta de los que le habían enviado, los que en lo más fuerte de una lucha desesperada habían podido pensar en los tormentos del corazón de un «burgués» desconocido, y se habían tomado el cuidado de tranquilizarle? Verdad es que veinte años más tarde, gentes análogas á ellos incendiaron París y fusilaron á los rehenes; pero, á quien conozca un poco el corazón humano, no le sorprenderán estas contradicciones.

¡BASTA!

I

.....
.....

II

.....
.....

III

.....

«¡Basta!», decláme á mí mismo; mientras que los pies, siguiendo con trabajo y á pesar suyo la áspera pen-